

R. P. Fr. Ignacio G. Menendez-Reigada, O. P.

PROFESOR DE TEOLOGIA Y MIEMBRO  
DE LA  
ASOCIACION FRANCISCO DE VITORIA

## COMO PADECE JESUS EN TODO TIEMPO



[www.traditio-op.org](http://www.traditio-op.org)  
EDITORIAL FIDES  
(Apartado núm. 17)  
SALAMANCA

—  
1934

## Cómo padece Jesús en todo tiempo

---

Es frecuente en la vida espiritual que Jesús se manifieste a las almas piadosas sufriendo y padeciendo en la actualidad lo mismo que en el tiempo de su vida mortal. Unas veces se les presenta en algún paso de su Pasión como si al presente se estuviera realizando; otras se les muestra triste y dolorido por las persecuciones de los impíos, por los pecados de los malos cristianos, por las infidelidades y abandonos de sus mismos escogidos; otras, en fin, con el Corazón traspasado de dolor por alguna ingratitud de aquella misma alma a quien se revela.

Las personas que tales comunicaciones reciben, experimentan con toda viveza que Jesús padece en la actualidad, en el momento mismo en que se comete el pecado que es causa de su dolor. Por otra parte, saben muy bien que Jesús está gloriosísimo en el cielo y ya no puede padecer. Esta aparente contradicción produce en ocasiones un pequeño conflicto en sus almas, temiendo sea ilusión o engaño lo que de un modo o de otro se les ha manifestado. Así he visto tam-

bién piadosas discusiones sobre este tema, en las cuales se solicitaba mi intervención para venir a un acuerdo.

¿Padece Cristo de verdad actualmente por los pecados que actualmente se cometen, o es sólo una ficción cuando así se presenta a las almas, para indicarles lo que padeció durante el tiempo de su vida mortal? Y si padece, ¿cómo padece, siendo así que en la Resurrección, magníficamente glorificó a su sagrado cuerpo, tornándolo inmortal e impasible? ¿Cómo puede padecer el Rey de la gloria, que por sí mismo la ha conquistado, y ya la posee indefectiblemente y como por juro de propiedad, para sí y para darla en su tiempo a todos los que le sigan?

Ciertamente, Jesús una vez resucitado, es impasible en su alma y en su cuerpo santísimos, y gloriosísimo se sienta a la diestra del Padre, sin que su Humanidad haya vuelto a descender a este valle del dolor, a no ser en la forma sacramental, también impasible. En este sentido, verdad es de fe que Cristo no padece ni puede padecer. Sin embargo, no es un engaño ni un error decir que Cristo padece actualmente por los pecados del mundo, ni hay ficción alguna cuando a las almas se les presenta como actualmente padeciendo. ¿En qué sentido, pues, podemos decir que Jesús padece actualmente por nosotros?

## I.—Padece Cristo actualmente por nosotros en cuanto sus padecimientos virtualmente se extienden a todos los tiempos.

La Pasión de Cristo, no sólo es causa meritoria, sino también efectiva de nuestra salud. El sacrificio que El de sí mismo ofreció al Padre en el ara de la Cruz tiene virtud para salvar a los hombres de todos los tiempos, librándolos del pecado. “Por la Pasión de Cristo, enseña el Angélico Maestro, somos librados, no sólo del pecado común de toda la naturaleza humana, lo mismo en cuanto a la culpa que en cuanto a la pena, habiendo El satisfecho el precio por nosotros; sino también de los pecados propios de cada uno de los que comunican en su Pasión por la fe, la caridad y los sacramentos de la fe,, (1). De suerte que la Pasión de Cristo el mismo efecto produce en los hombres que hoy vivimos, que el que produjo en los que vivían al tiempo que El padecía; a cada uno se extiende y a cada uno de los pecados que hemos cometido o habemos de cometer, como si en el mismo instante que lo cometemos Cristo se ofreciera por él como en precio y en rescate.

Ahora bien, la causa y el efecto tienen

(1) III P., q. 49, a. V.

que ser de alguna manera simultáneos, pues ninguna causa puede producir su efecto sin estar de alguna manera presente a él. Por este motivo, si la Pasión de Cristo produce su efecto de igual modo en todos los tiempos, es porque en todos los tiempos está también presente.

Podemos también argüir a la inversa de un modo semejante. Los pecados del mundo son la causa de la Pasión y Muerte de Jesucristo; y no estos o aquellos pecados, sino todos y cada uno de los pecados que desde el principio del mundo se han cometido o se habrán de cometer, pues por todos igualmente satisfizo. Así, los pecados que en este mismo momento se están cometiendo en cualquier rincón del mundo, son causa de que el Hijo de Dios padeciese, pues por todos y cada uno de ellos determinadamente, y no sólo de un modo general, ofreció El su vida en sacrificio. Por consiguiente, si los pecados que hoy se cometen fueron presentes al tiempo de la Pasión de Cristo, también la misma Pasión de Cristo es presente cuando los pecados materialmente se cometen.

A este propósito y para probar que el sacerdocio de Cristo es eterno, escribe Santo Tomás: "Dos cosas pueden considerarse en el oficio del sacerdote: primeramente la oblación misma del sacrificio; y en segundo lugar, la consumación del mismo sacrificio,

la cual consiste en que aquellos por los cuales se ofrece el sacrificio consigan el fin del sacrificio,, (1). Pues bien, esta consumación del sacrificio no se acabará mientras haya una sola alma capaz de participar de los frutos de la Redención y por eso el sacrificio de Cristo es eterno en cuanto a su consumación.

Para comprender algo de lo que llevamos dicho hemos de presuponer que el que dió su Sangre por nuestro rescate era verdadero Dios. Dios no puede ser medido por el tiempo, sino por la eternidad, que es un solo instante que jamás pasa y comprende bajo sí toda la sucesión de los tiempos; de tal modo que en ese sólo instante de la eternidad está presente lo que es, lo que fué y lo que será, pues todo ello, para la eternidad, resulta un perpetuo *es*. Viene a ser la eternidad como el centro de una circunferencia, y la sucesión de los tiempos el recorrido de la circunferencia misma; el que está inmóvil en el centro, tiene presentes todas y cada una de las fases de ese recorrido.

Según esto, para Dios no hay pasado ni futuro, sino que todo le es presente. Así, pues, para Cristo, por razón de su Persona Divina, eran presentes todos y cada uno de nuestros pecados en el momento mismo en que por ellos padecía, como si actualmente

(1) III P., q. 22, a. V.

los estuviéramos cometiendo. Es verdad que Cristo no padeció en cuanto Dios, sino en cuanto Hombre, y su Humanidad santísima estaba sometida a la sucesión de los tiempos. En este sentido, los padecimientos de Cristo duraron un tiempo determinado, transcurrido el cual absolutamente quedaron terminados para no reproducirse jamás. Mas el que padecía era Cristo, Persona Divina, y en tanto sus padecimientos son causa efectiva de nuestra justificación y salvación, en cuanto de tal Persona proceden. Por eso, en el tiempo de su Pasión El tuvo presentes todos y cada uno de los pecados que hasta el fin del mundo se habían de cometer.

En este sentido, la Pasión de Cristo es siempre presente, y cuando El se manifiesta a las almas como padeciendo en la actualidad, esta representación no es ficticia o engañosa, sino que corresponde a una realidad viviente.

Aun sin estas manifestaciones sobrenaturales, se aconseja a las almas piadosas que, cuando consideran la Pasión y Muerte de nuestro Señor, no la miren como cosa pasada, pues en ese caso perdería mucho de su fuerza para mover el corazón; sino como cosa presente, que así tiene mayor virtud y eficacia para despertar nuestros afectos. Y no es una ficción lo que con esto se les aconseja, pues corresponde a una

verdad palpitante, en la forma que dicho queda. Mis pecados fueron causa de la Pasión y Muerte de Cristo; El los tuvo presentes todos y cada uno de ellos, y por todos ofreció su sacrificio, cuya virtud me libra de los mismos pecados. ¿No puedo yo, pues, mirar como presentes esos sufrimientos de Cristo, causados por los pecados que yo actualmente cometo o he cometido, y cuya virtud se me aplica en el momento presente, por la fe y la caridad y los sacramentos?

## II.—Cristo padece actualmente en la Iglesia, que es su cuerpo místico.

La Iglesia es la Esposa del Cordero Inmaculado, pero no se ha de concebir como cosa separada, sino como formando un mismo cuerpo con El. "Así como el cuerpo natural, escribe Sto. Tomás, es uno, consistente en la diversidad de los miembros, así toda la Iglesia, que es el cuerpo místico de Cristo, se computa como una persona con su cabeza, que es Cristo," (1).

Es, pues, la Iglesia como una prolongación del mismo Cristo y formando parte de su misma persona; es su Esposa querida, mas no con personalidad separada e independiente a la manera de las esposas de este mundo, sino como algo que tan íntimamente le está unido que de El recibe todo el ser que tiene, hasta tal punto que la vida de la Iglesia es la misma vida de Cristo prolongándose en el mundo.

Esta unión íntima entre Cristo y su Iglesia nos la expone el Apóstol San Pablo en diversos lugares de sus Epístolas, y los Santos Padres la enaltecen y ensalzan y nos la representan bajo diversas formas, diciendo, por ejemplo, que la Iglesia nació del Costado de Cristo, como la primera

(1) III P., q. 94, a. I.

mujer fué formada de la costilla de Adán.

Cristo, pues, vive en su Iglesia, y si la Iglesia "se computa como una persona con su cabeza, que es Cristo", bien podemos decir que los sufrimientos de la Iglesia son sufrimientos de Cristo, y que Cristo padece en ella, que es su cuerpo místico, todo lo que ella padece.

Por aquí se ve también cómo Cristo puede padecer en la actualidad, no en sí mismo físicamente considerado, sino como cabeza de este cuerpo místico y Esposo de esta Esposa, que es "carne de su carne y hueso de sus huesos".

Ahora bien, la Iglesia de Cristo continuamente y de muchas maneras padece. Padece por los infieles que están fuera de ella y no quieren acogerse a su seno maternal; padece por las persecuciones de los impíos y de los hijos traidores que contra ella se rebelan; padece por los escándalos que entre sus hijos se producen, por los pecados de los malos cristianos, por cualquier resistencia u obstáculo que pongamos a la recepción de la gracia de Cristo, de la cual ella es dispensadora por medio de sus sacramentos. Y todos estos padecimientos son también padecimientos de Cristo; por lo cual nada tiene de particular que Jesús se manifieste afligido por todos estos males, que El en su cuerpo místico padece. Cuando Cristo se apareció a Pablo en el camino

de Damasco, le preguntó: "¿Por qué me persigues?" Y, sin embargo, la persecución de Pablo era contra los cristianos o contra la Iglesia, no contra la persona física de Cristo; por donde se ve que Cristo es el que padece en su Iglesia todo lo que ella padece.

Bajo este aspecto, no es tampoco ninguna ficción el que Cristo se presente muchas veces a las almas, sus queridas, triste y conolido, bien sea por las persecuciones que contra El se desencadenan en el cuerpo místico de su Iglesia; bien por los escándalos que en el pueblo fiel se producen; bien por el olvido y abandono en que le tienen tantos cristianos que apenas se ocupan más que de los intereses de este mundo; bien por las infidelidades de sus propios ministros; o bien por la ingratitud y tibieza de las otras almas que le están consagradas. Todas estas cosas hacen sufrir enormemente al Corazón de Jesús, más aún que los clavos y espinas que traspasaron su carne santísima, porque ese Corazón Divino es el centro vital de toda la Iglesia, donde tales males acontecen. Y aún podemos añadir que sufre Cristo también en su Iglesia por las innumerables almas que corren desaladas por el camino de su perdición, no queriendo alcanzar su rescate con el precio de la Sangre de Cristo que gratuitamente les ofrece la Iglesia en sus sacra-

mentos, pues el Amor Misericordioso de Jesús se extiende a todos los hombres, y por los más ciegos y perdidos siente más honda conmiseración.

Todo esto, ya se ve, dimana de lo que anteriormente queda dicho, pues en tanto sufre actualmente Cristo en su Iglesia, en cuanto su sacrificio es eterno, y El tuvo presentes todos estos males en el tiempo de su Pasión y por todos padeció para darnos el remedio.

### III.—Cristo padece actualmente en sus miembros vivos, que son los justos.

No sólo padece actualmente Cristo en su Iglesia considerada en su conjunto y como sociedad por El establecida, sino también en algunos de sus miembros considerados en particular, que son los justos. Siendo la Iglesia el cuerpo místico de Cristo, los fieles, que son miembros de ese cuerpo, son también miembros de Cristo y forman con El como una sola persona: "La cabeza y los miembros, escribe el Angélico, son como una persona mística," (1).

De esta vida de Cristo, reproduciéndose incesantemente en sus miembros que forman con El una sola persona mística, tenemos abundantes testimonios en la doctrina del Apóstol San Pablo. Sólo mencionaré los que a él particularmente se refieren, como cuando dice: «*Mihi enim vivere Christus est, mi vivir es Cristo,*» (2); «*Vivo autem jam non ego, vivit vero in me Christus, ya no vivo yo, sino que vive Cristo en mí,*» (3).

Esta vida de Cristo, en la mayoría de los cristianos, está como latente, porque no

(1) III P., q. 48, a. II ad 1.

(2) Philip., I, 21.

(3) Galat., II, 20.

saben *morir a sí mismos* por la completa negación de todo lo que a la naturaleza agrada, sino que viven ampliamente la vida de los sentidos y del amor propio, por lo menos en todo aquello que no les haga perder totalmente esa vida divina, que es la vida de la gracia. Esta es la razón porque no se manifiesta en ellos la vida de Cristo, según nos lo testimonia el mismo Apóstol: "Llevando siempre alrededor en nuestro cuerpo la mortificación de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos; puesto que nosotros que vivimos nos entregamos siempre a la muerte por Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal," (1).

Pues bien, a estas almas que han muerto totalmente a sí mismas para vivir plenamente la vida de Cristo, escoge el mismo Señor para asociarlas en algún modo a su obra redentora y continuar padeciendo en ellas por la salud del mundo. A unas imprimirá sus sagradas llagas, bien de un modo visible como a San Francisco de Asís, o bien de un modo invisible como a Santa Catalina de Sena; a otras les hará experimentar alguno de los tormentos de su Pasión sin esa ostentación sensible; a otras, finalmente, les enviará mil maneras de dolores y trabajos en el cuerpo y en el espíritu, que sin ser materialmente los mismos sufrimien-

(1) II Cor., IV, 10-11.

tos que Cristo padeció durante su vida mortal, son, no obstante, padecimientos de Cristo, que vive en ellas y en ellas padece. Son éstas *almas víctimas*, unidas con la Víctima primera, de donde toman valor sus sacrificios. El Apóstol nos lo dice también bien claramente: "*Abundant passionibus Christi in nobis*, abundan en nosotros los padecimientos de Cristo," (1); "*Ego enim stigmata Domini Jesu in corpore meo porto*, yo llevo en mí las llagas del Señor Jesús," (2); "*Nunc gaudeo in passionibus pro vobis et adimpleo ea quae desunt passionum Christi in carne mea pro corpore ejus, quod est Ecclesia*, me alegro ahora en los padecimientos por vosotros y completo lo que falta de los padecimientos de Cristo en mi carne por el cuerpo de El, que es la Iglesia," (3). Y "lo que falta de los padecimientos de Cristo," es que El padezca en su cuerpo místico y en sus miembros, como ha padecido en su persona física.

Las almas que Jesús recibe así como *víctimas*, suelen ser almas ya del todo purificadas, en las cuales la vida de Cristo es perfecta, pues mientras no llegan a esa purificación total de sí mismas, todo lo que sufren tiene por objeto primordial esa propia purificación. Claro está que también enton-

(1) II Cor., I, 5.

(2) Galat., VI, 17.

(3) Colos., I, 24.

ces padece Cristo en ellas, mas no de la manera que sucede cuando están ya del todo purificadas y ya no necesitan para sí tales sufrimientos. Antes de ser totalmente purificadas, podemos decir que Cristo padece en ellas para incorporarlas plenamente a sí mismo, mortificando y destruyendo en ellas cuanto se opone a esa vida divina; mas luego que se ha verificado esa purificación e incorporación total, sin perder nada del mérito personal que les corresponde, ya sus padecimientos son fecundísimos para la salvación y santificación de otros.

Por aquí se ve cuán equivocadas están ciertas almas que, hallándose aun muy a los principios de la vida espiritual, quieren ya ofrecerse como *víctimas* a nuestro Señor, pues el Señor no admite sino víctimas puras. Bien es verdad que, si es un verdadero deseo de padecer con Cristo por sí y por sus prójimos, fruto de una ardiente caridad y no de la vanidad y del amor propio, Jesús se complace de ese buen deseo y las dispondrá muy pronto para que lleguen a ser verdaderas *víctimas* con El. Mas, generalmente hablando, ese ofrecimiento no deben hacerlo las almas sino cuando el mismo Cristo se lo sugiera, que ya se lo inspirará de una manera más o menos clara y directa cuando las vea dispuestas, enamoradas de su Cruz y ardiendo en fuegos de caridad.

Esto no quiere decir que nuestros sacrificios, nuestros sufrimientos, aceptados con amor, no sean recibidos también en beneficio de otros por la bondad infinita de nuestro Señor, aunque seamos muy imperfectos; mas eso no constituye la víctima en el sentido riguroso de la palabra.

Es admirable ver cómo padece Jesús en estas almas víctimas que ha asociado en algún modo a la obra de su redención. A unas les pide que se ofrezcan por tales o cuales pecadores determinados, a veces del todo desconocidos para ellas mismas, pero cuyas conciencias se les revelan de una manera clarísima, y por tales pecadores están padeciendo quizá años y años los tormentos más espantosos, semejantes muchas veces a los tormentos del infierno que tales pecadores merecían, hasta obtenerles, finalmente, la gracia de la conversión. A otras les pide el Señor que se ofrezcan por los pecadores en general; o por la Iglesia, como a Santa Catalina de Sena; por una corporación determinada, como por los sacerdotes, o por una orden religiosa; o para alcanzar de su Misericordia alguna gracia especial que quiere conceder al mundo o bien a algunas personas o corporaciones.

Todas las gracias, decía el P. Lacordaire, vienen al mundo por el sacrificio y la oración; y cuando uno penetra en el santuario de estas almas, queda asombrado al

ver que muchos acontecimientos que parecen proceder tan espontáneamente de las causas humanas, fueron preparados y merecidos por el sacrificio y la oración de alguna de esas almas víctimas, en las cuales sigue padeciendo Jesús. Cuando no se ve sino la corteza de las cosas, se atribuyen los hechos a las causas aparentes y humanas; mas en el cielo veremos que las verdaderas causas de todo lo que sucede en el mundo de la gracia, fueron otras. ¡Cuántos pecadores no sabrán quién les ha merecido la gracia de su conversión, que tal vez atribuyen a tal o cual predicador, a tal o cual lectura o cosa semejante, hasta que en el cielo vean que lo que ellos tenían como causa no ha sido más que un estimulante y la verdadera causa fué lo que alguna de esas almas por ellos oraba y padecía!

Todas las personas de vida contemplativa, que tan inútiles parecen a los ojos del mundo, tienen de algún modo esta misión: padecer en Cristo y con Cristo, o mejor, aprestarse para que Cristo padezca en ellas por la salud del mundo, y si son fieles a su misión, hacen ellas más por el bien de sus prójimos que otras que pasen su vida en obras de vida activa, así como Cristo no tanto nos redimió y salvó por sus enseñanzas y milagros cuanto por su Pasión. Esto no quiere decir que las almas de vida activa, principalmente las consagradas a Dios,

se crean excluidas de esta participación de las penas de Cristo, pues bien activa era la vida de San Pablo, por ejemplo, o de Santo Domingo de Guzmán, y, sin embargo, en ellos padecía Cristo sus dolores y tormentos, y así era fecundo su apostolado.

Conviene notar únicamente que, como enseña Santo Tomás, cuando estas almas merecen por sus sacrificios y oraciones la conversión de alguno de sus prójimos, no la merecen *de condigno*, pues eso está reservado solamente a Cristo, sino sólo *de congruo*, puesto que, "cumpliendo el hombre que está en gracia la voluntad de Dios, es conveniente (*congruum*), según la proporción de la amistad, que Dios cumpla la voluntad del hombre en la salvación de otro, aunque a veces puede haber impedimento por parte de aquel cuya salvación desea el santo," (1).

Es ciertamente maravilloso ver cómo Nuestro Señor liga muchas veces la salvación o santificación de un alma a los sufrimientos o méritos de otra, y si ésta no es fiel a su misión, tampoco aquélla alcanzará las gracias a que estaba destinada. Por aquí podemos ver la responsabilidad tan grande de todos los consagrados a Dios, pues por no ser nosotros santos, no se salvarán o no se santificarán otros que se sal-

(1) I-II, q. 94, a. 6.

varían por nuestros méritos si nosotros nos santificáramos primero.

Vemos, pues, cómo Cristo sigue hoy padeciendo en sus miembros, en aquellos miembros que le están perfectamente unidos y son por El perfectamente vivificados, cuales son los santos. Algunas almas experimentan bien claramente que no son ellas las que padecen, sino Cristo en ellas, así como Cristo es también su vida. De este modo, cualquier pecado nuestro es causa de que Cristo padezca actualmente en alguno de estos miembros vivos de su cuerpo místico.

De todo lo cual se infiere que Cristo si sigue hoy padeciendo por nosotros, que nuestras infidelidades afligen su Corazón, que nuestros pecados renuevan su Pasión y, cuando son mortales, le vuelven a poner en la Cruz.

Si esto considerásemos con fe viva, ¿quién se atrevería a pecar?

N. del E.: Pio IX en su Encíclica *Miserentissimus Redemptor* trata las verdades expuestas aquí al hablar sobre la necesidad de consolar a Cristo y la pasión de Cristo en su Cuerpo, la Iglesia. Concluye el Sumo Pontífice con una oración de reparación y expiación al Sagrado Corazón.

